

V. Las riquezas de la gracia en el Ministerio a los gentiles. (Segunda parte)

Lectura: Efesios 3:1-21

Por *Julio César Benítez*

juliobenitez@caractercristiano.org

Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la Iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales. V. 10. La revelación del misterio escondido no solo tiene como propósito el que los hombres puedan ver la Salvación de Cristo prodigada tanto a judíos como a gentiles, sino que estas preciosas verdades deben también ser contempladas por los ángeles. Pero ¿A quiénes miran los ángeles? A la Iglesia. Ella es la encargada de expresar la multiforme o multicolor sabiduría de Dios. La Iglesia es la máxima expresión de la misericordia divina y ella colorea la gracia de Dios a través de todos los hombres que han sido unidos a ella. Los principados y potestades espirituales, es decir los ángeles, se maravillan y adoran a Dios contemplando su misericordia y sus maravillas efectuadas por la Obra de Cristo en la Iglesia. No hay un organismo que llame mas la atención al mundo espiritual que la Iglesia, pues sus realidades espirituales con tan maravillosas que todos se extasían viendo cómo, por el sacrificio de Cristo, los pobres y débiles hombres entregados a toda clase de pecados, son convertidos en hijos de la luz y se revisten de la santidad de Dios. Si bien es cierto que los creyentes individuales deben expresar los frutos de la regeneración para dar gloria a Dios, es la Iglesia, como un cuerpo, la que está directamente implicada en este versículo para dar testimonio del poder celestial que la está edificando para ser luz y sal en medio de un mundo caído. Se que algunos hermanos en la fe estarían confundidos al reflexionar sobre estas declaraciones, pues podrían pensar en la Iglesia como una entidad invisible y que esta sería la encargada de dar a conocer la multiforme sabiduría de Dios a los ángeles, otros pensarían en alguna denominación y aún otros solo pensarían en su Iglesia local. En estos versículos el apóstol está hablando de la Iglesia en un sentido general, es decir, la Iglesia Universal. Pero no como una organización internacional cuyos máximos jefes deben

encargarse de manifestar estas glorias ante los seres espirituales, sino como la unión espiritual, efectuada por el Santo Espíritu, de todos los santos que, obviamente, han sido redimidos por la Obra del Cordero de Dios en todas las naciones y en todos los tiempos. Pero esta iglesia Universal se expresa solamente a través de Iglesias locales, esto implica que las Iglesias locales son responsables en crecer cada día conforme al plan divino para que manifiesten ante los seres angélicos los hermosos colores de la gracia divina. La Iglesia local, conformada por los santos, junto con los ancianos y diáconos, debe esforzarse en la gracia de tal manera que pueda reflejar el carácter de Cristo, no solo ante los hombres, sino ante los ángeles, pues ellos están mirando con gran atención (1 Cor. 11:10).

Conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él. V. 11, 12. La Iglesia debe expresar la multicolor gracia divina, no conforme a lo que ella considere debe ser esta expresión, sino conforme al propósito eterno. Es decir, la realización de este misterio escondido y que ha sido manifestado en Jesucristo conformando un pueblo de gentes redimidas, tanto judías como gentiles, en un solo cuerpo llamada Iglesia, es el resultado de la realización histórica del plan o pacto eterno entre Dios Padre y Dios Hijo. En la eternidad, antes de los tiempos, el Padre se propuso la creación de un pueblo especial que viviera enteramente para su Gloria, pero para este propósito era necesario un sacrificio de valor eterno y universal que permitiera la regeneración de muchos hombres y mujeres de en medio de una raza caída y entregada al pecado. Pero este pueblo, llamado Iglesia, no existe para sí mismo, sino que debe cumplir con el propósito del eterno creador quien siempre ha deseado un pueblo para sí celoso de buenas obras, obediente a sus mandamientos, es decir, un reino especial de Sacerdotes, gentes que le amen con todo el corazón y toda su mente. Esa es la meta de la Iglesia, vivir totalmente para la Gloria de Dios manifestando su Gracia. Para ello Jesucristo nos abrió la puerta de ingreso al trono celestial. A través de él, todos los miembros de su Iglesia y solamente ellos, pueden ir directamente al Padre, mediante la fe en Cristo, y con confianza encontrar la fortaleza que necesitamos para andar conforme a sus santos propósitos.

Por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria. V. 13. Tal vez cuando escuchamos estas declaraciones del Plan divino y de todas las riquezas de la gracia desplegadas a favor de la Iglesia, pensamos que de ahora en adelante todo será color de rosa y viviremos en medio de las mayores y ricas comodidades que el mundo nos pueda o deba dar. Pero esto es contrario al plan divino. Hemos sido constituidos en un pueblo especial, un pueblo que tiene el deber de ser sal y luz en medio de un mundo oscuro y entregado al pecado. Como un cuerpo, e internamente en nuestras comunidades, podemos disfrutar de las bendiciones espirituales que nos inundan y de hecho, somos llamados a andar conforme al carácter de Cristo (el fruto del espíritu) ayudándonos en nuestro crecimiento espiritual mediante el servicio de los dones que el Espíritu nos ha dado. Esto implica que dentro de nuestras asambleas apartadas (este es el significado de Iglesia) somos llamados a expresar y vivir las riquezas espirituales que nos llenan de gozo y placer en la sabiduría divina. Pero siendo que somos asambleas separadas del mundo y contrarias a la corriente del mismo, en él hallaremos aflicción (Juan 16:33). Pero este sufrimiento será el resultado de andar conforme a la santidad de Cristo. El mundo pecador odia todo lo que sea contrario a sus bajos placeres y se levanta en contra de Dios. El Señor Jesús dijo que si él, siendo Dios encarnado, fue odiado y rechazado por los hombres, de la misma manera los miembros de su Iglesia sufrirán el desprecio del mundo. (Jn. 15:18,19; 16:20,33; Jn. 17:16). Pero este sufrimiento será pasajero comparado con las glorias venideras de las cuales disfrutaremos eternamente en la presencia de nuestro Salvador (Ro. 8:18). Pablo afirma que los sufrimientos que son como resultado de expresar el carácter de Cristo en medio de un mundo entregado a Satanás, se convierten en Gloria que embellece a la Iglesia de Dios.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo. V. 14. El haber expresado las inmensurables glorias que Cristo ha conquistado para la Iglesia, conduce nuevamente al apóstol Pablo a doblar sus rodillas y dar gracias ante el Padre

misericordioso. Esta es la respuesta de un corazón que ha estado expuesto ante la luz inaccesible de la majestad divina. La Iglesia de Cristo tiene el deber sublime de expresar las glorias de su alto llamamiento viviendo de acuerdo a los designios del soberano creador, pero esto no se logrará a menos que constantemente acuda con humildad ante el Padre celestial y beba de él la fuente que le llevará a tener la vida abundante de Jesucristo para, de esa manera, manifestar la vocación que ha recibido por autoridad divina para ser la sal y la luz del mundo.

De quien toma nombre toda familia¹ en los cielos y en la tierra. V. 15. La oración de Pablo está dirigida al Padre, de cuyo nombre, toda la familia de los salvos se considera perteneciente. Es interesante la inclusión que hace Pablo de los miembros celestiales y terrenales de esta familia. No se si él tendría en cuenta aquí a los santos ángeles, pues ellos también toman el nombre Padre, de Dios, y en la Biblia son llamados los Hijos de Dios (Job 1:6), pero con toda seguridad tuvo en cuenta a los santos que han partido de esta vida terrenal, los cuales, al final de los tiempos, serán presentados por Cristo ante el Padre Celestial como Su Esposa preciosa que compró con su sangre. Esta familia de Santos son considerados Hijos de Dios, no por el acto creativo original, sino por Adopción. Solamente aquellos hombres y mujeres que han sido incluidos en la Iglesia de Cristo, mediante una sincera conversión, han sido adoptados por Dios como sus hijos, y solo estos pueden tomar el nombre de Dios como su Padre.

Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu. V. 16. La oración de Pablo está dirigida al Padre de Jesucristo con un propósito específico: Que los miembros de la Iglesia sean fortalecidos con poder en el hombre interior. Es importante tomar en cuenta varios elementos de este

¹ “De quien toma nombre toda parentela = toda parte o miembro del todo que es la “parentela”. Bullinger. Clie. Página 556.

pasaje: Primero, las peticiones que siguen están buscando tomar perlas preciosas de las riquezas de la gloria de Dios. Para Pablo no hay una fuente más abundante y segura que estas riquezas espirituales. A ellas acude constantemente porque comprende la inmensidad de la gloria divina. Esta gloria es la que queremos conocer y la que anhelamos nos vista diariamente. Esta gloria es la que la Iglesia debe resplandecer constantemente. Pero esto solo podrá expresarse cuando los santos seamos fortalecidos con poder en el hombre interior. Segundo, el hombre interior se refiere al nuevo corazón, a la nueva naturaleza que Dios ha implantado en el creyente. Es necesario que el corazón del creyente sea avivado constantemente con el conocimiento de los atributos divinos. Atributos que reflejan su gloria. A veces pensamos en la gloria divina como, simplemente, un resplandor de luz inaccesible mas fuerte que la luz solar. Pero, realmente, la gloria de Dios, son sus atributos. Su amor, su justicia, su ira, su santidad, todo esto manifiesta su gloria, y es esta la gloria que debe fortalecer nuestro ser interior, es decir, los atributos divinos deben ser aplicados, por el Espíritu Santo, abundantemente al desarrollo espiritual de los creyentes.

Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. V. 17-19. Siendo fortalecidos con el poder de Dios y habiendo su Espíritu aplicado los atributos (la gloria) divinos al corazón del creyente, no queda otra cosa mas que abundar en fe y total dependencia del Soberano Salvador. Solamente por la fe, esa fe que es resultado de la obra divina en el corazón del hombre, puede morar Cristo en el corazón. Es interesante notar que Pablo está escribiendo a la Iglesia, es decir, a los Salvos, pero ora para que sean fortalecidos por la presencia de la gloria celestial, a fin de que Cristo habite en sus corazones por la fe. Esto implica que los creyentes, en los cuales ya mora el Salvador, deben esforzarse en conocer mas su Gloria de tal manera que, por la fe, puedan estar identificándose mas con los atributos de Cristo y que su carácter sea formado en ellos, como si en vez de ser ellos mismos, Jesús fuera su propio ser interior. Aquí entendemos las

Palabras de Cristo cuando dijo en Juan: *Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.* Juan 15:4-5, 7, 10. El creyente, y la Iglesia, no podrá expresar la gloria (los atributos) divinos a menos que Jesús habite abundantemente por la Fe en sus corazones. Esta fe debe ir creciendo constantemente así como los discípulos le rogaron al Señor que les ayudara dándoles mas fe (Luc. 17:5), pero ella crecerá en la medida que conocemos los atributos de nuestro Redentor. Solamente cuando Cristo es aprehendido en el corazón por la verdadera fe que es resultado de la obra del Espíritu Santo en el creyente, podremos arraigarnos en el amor de Dios. El amor real es resultado de la fe espiritual. Los hombres no tenemos la facultad de manifestar un amor real como consecuencia de nuestro pecado. Somos antropocéntricos y egocéntricos. Queremos nuestro bienestar personal y solamente podemos amar lo que esté de acuerdo a nuestros intereses mezquinos, pero esto no es amor verdadero. Solamente podemos comprender el amor real mirando por la fe lo que Dios ha expresado a través de Jesucristo, quien, siendo su único Hijo y precioso tesoro, fue ofrendado para ser sacrificado por el hombre pecador y enemigo de Dios. Eso es verdadero amor. Cuando nuestra fe se fortalece conociendo esos atributos del amor divino, entonces y solamente entonces, podremos ser arraigados en un verdadero amor cristiano. Pero este amor es necesario porque los creyentes no están aislados unos de otros, sino que ahora formamos parte de un solo cuerpo, de un solo edificio, en el cual, hermanos y hermanas, fraternizamos y nos ayudamos, no conforme a los intereses mezquinos del corazón humano, sino conforme a la multiforme gracia expresada en el amor divino, quien ama, no solamente a los que son merecedores o dignos de este amor, sino a todos los que él ha determinado amar. Solamente comprendiendo la anchura, la longitud, la profundidad y la altura de este amor divino, seremos llenos de toda la plenitud de Dios. Pero ¿En qué consiste ser llenos de la

plenitud de Dios? Es obvio que no se refiere a que nosotros lleguemos a ser como Dios, sino que está indicando el llamamiento elevado que tenemos como creyentes y como Iglesia, de expresar en nuestro ser la Gloria divina. Pero ya hemos visto que esta gloria está muy relacionada con los atributos de Dios. Sabemos que algunos atributos divinos son incomunicables como la omnipresencia, la aseidad y otros, pero los creyentes, en la medida que por la fe aprehendemos al Salvador, somos capacitados por el Espíritu para actuar conforme a los atributos comunicables de Dios como: el amor, la justicia, la santidad, y otros. En la medida que podemos expresar en nuestras vidas esos atributos que son llamados por el apóstol Pablo en Gálatas como el fruto del Espíritu, estaremos siendo llenados de la plenitud de Dios. Esta plenitud no la alcanzaremos en esta vida terrena, aquí siempre estaremos creciendo. Solamente cuando la muerte de paso a la vida eterna, podremos decir que estaremos en plenitud.

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén. V. 20-21.

Esta doxología es la respuesta que el corazón regenerado puede dar a todas las revelaciones que se han expresado en los versos precedentes. Todo ha sido tan asombroso y maravilloso que los ojos quedan deslumbrados por las obras superabundantes de la gracia divina. El resultado de contemplar la Gloria divina a través de sus obras redentivas es una verdadera adoración del corazón agradecido. Esta doxología representa la correcta actitud en la adoración eclesiástica. Es imposible dar una adoración verdadera y agradable ante Dios a menos que esta sea el resultado de una mente despierta por la luz de la revelación divina expuesta con claridad; si antes no hemos visto la Gloria divina a través de sus atributos, es absurdo pretender dar adoración a Dios. Solo serán palabras o sentimientos carentes de significado, si estas no van cargadas de gratitud por haber estado contemplado al maestro. Pablo reconoce que está adorando a aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mas abundantemente de lo que pedimos o entendemos. Aquí se refiere a la inmensa bondad de su gracia que ha desplegado su amor para salvar a los que antes eran solo digno de ira y

desprecio. Esta gracia abundante que se ha reflejado, no solo en salvarlos y hacerlos miembros del cuerpo de Cristo, sino en mostrarles los misterios escondidos en Cristo. Pablo sabe que Dios dará respuesta a la oración expresada en el capítulo 3, mas abundantemente de lo que él ha pedido. Dios tendrá complacencia en responder una oración que no busca el bien personal del intercesor, ni el bien material de los benefactores, sino que persigue el conocimiento del Salvador y el crecimiento del cuerpo, que es la Iglesia. Este es un ejemplo de la oración que es hecha conforme a la voluntad de Dios y que recibirá respuesta positiva del Gran Creador de acuerdo a las palabras de Cristo *“Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo”* Juan 14:13; Santiago 1:5-7 también nos da ejemplo de las oraciones que de seguro recibirán respuesta del Señor: *“Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor.”* Las oraciones de Jesús y las otras oraciones apostólicas que encontramos en la Biblia nos dan ejemplo de un contenido que es de acuerdo a la voluntad de Dios y en la cual es difícil que no haya fe. Todo lo que pidamos a favor de la Iglesia, es decir, de los santos, para que todos conozcan las profundidades de la Gloria divina y que de esta manera podamos crecer en la aplicación y manifestación del carácter de Cristo en nosotros, de seguro recibirá respuesta abundante de lo que pedimos o entendemos. A este Dios que le place responder, no según nuestras fuerzas humanas, sino según el poder del Espíritu que actúa en nosotros, solamente a él sea la gloria por siempre en la Iglesia en Cristo. En esta doxología Pablo recibe revelaciones profundas del misterio de Cristo. Los hombres redimidos darán gloria a Dios por siempre pero esto solo podrán hacerlo a través de Cristo. Sino es a través del Salvador entonces nuestra adoración no podrá ser aceptada ante Dios. Pero la adoración solamente puede ser en Cristo si lo hacemos a través de la Iglesia. Es la Iglesia el cuerpo que puede dar gloria a Dios y es ella la que estuvo en el designio divino para que eternamente glorificara al Señor. Los creyentes individuales pueden dar gloria a Dios, pero ellos son llamados a profundizar en la adoración solamente en el contexto de la Iglesia,

pues ella forma parte del eterno propósito de Dios en Cristo Jesús, y a ella, como un solo cuerpo, se le dará entrada a la gloria eterna para que siempre viva dando gloria a Dios.